

## RAMIRO LEDESMA RAMOS O EL ULTRANACIONALISMO REVOLUCIONARIO Ismael Saz Campos

Joven intelectual, colaborador de *Revista de Occidente* y de *La Gaceta Literaria*, lector de la obra de Fichte, Hegel y Sorel, buen conocedor de la de Heidegger, profundamente nietzscheano, discípulo de Ortega, a quien identificaba como «maestro», con una devoción casi sin límites hacia Unamuno, acompañante y seguidor de Giménez Caballero, quien le guió en sus primeros pasos hacia el fascismo, Ramiro Ledesma Ramos fue el constructor de la versión más radical del ultranacionalismo fascista en España (43).

Como el primer Giménez Caballero, al que luego no seguiría en su involución conservadora, el joven Ledesma mostró desde sus primeros pasos en dirección al fascismo algunas de las notas que caracterizarían para siempre su propia concepción del mismo: el vitalismo irracionalista, la concepción imperial del nacionalismo español, la voluntad de superación de izquierdas y derechas, el culto de lo nuevo —lo fascista— sobre otras ideologías que, como el liberalismo y el tradicionalismo, consideraba viejas y caducas. Ya antes de lanzarse a la actividad militante había titulado uno de sus escritos filosóficos, como haría con la recopilación posterior de algunos de ellos, *La filosofía, disciplina imperial*; y lamentado que España fuese el único país europeo que no había proyectado «sobre el mundo una dictadura intelectual» (44). En enero de 1930, en una de sus primeras manifestaciones en sentido profascista, por bien que rechazase su condición de tal, reivindicó el magisterio de Ortega y subrayó lo que su «idea nacional» tenía de ruptura con las viejas ideologías:

«En todo caso nuestra actitud no consiste sino en el lanzamiento de una idea nacional, a la que hemos de adherirnos con todo tesón... Resulta grotesco... que por el solo hecho de poner ante la enseña liberal, a la que consideramos envejecida y caduca, un signo de indiferencia y de desdén se nos crea en relación con ideologías reaccionarias, tradicionalismo carlista y demás carroña histórica. Nuestras reservas al liberalismo residen en nuestro afán de superarlo briosamente» (45).

Era el mismo tipo de supuestos que guiarían unos meses más tarde la crítica a la vanguardia literaria y sus eventuales derivaciones políticas. Unas derivaciones, había de entenderse, nefastas en cuanto no fueran las que en un sentido fascista estaban defendiendo él mismo y su amigo Giménez Caballero:

«¿Y los escarceos políticos —finales— de la vanguardia? Bien poca cosa: Algún grupito quiso ser liberal y demócrata, esto es retarguadista, y se afilió a doctrinas políticas del más viejo ochocientos. Ni siquiera se han hecho socialistas. ¡Son liberales y revolucionarios de Ateneo! Otros, quizás más avisados, parece que no quieren mezclar la política con la literatura. Son los irresponsables y los puros. ¡Dios los bendiga! Otros, catolicísimos, y no se si monarquísimos, se dice también que ejercitan unos ademanes... Desde luego, decimos nosotros, a todos se les escapa el secreto de la España actual, afirmadora de sí misma, nacionalista y con "voluntad de poderío"» (46).

Así pues, tenemos desde un principio los trazos fundamentales de un fascismo radical, revolucionario, juvenil, imperial y proyectado hacia el futuro. También laico y secular. Lo que no quiere decir que fuera anticatólico o que, más aún, no reconociese al catolicismo funciones positivas, en el pasado como en el presente. Vale la pena detenerse algo en este punto porque, como se sabe y tendremos ocasión de comprobar hasta la saciedad, las relaciones entre fascismo y catolicismo constituirían uno de los ejes decisivos de la dinámica política española en los años venideros. Pues bien, el más radical y laico de los fascistas españoles incidía desde el principio en los elementos positivos del catolicismo. En el pasado, porque ésta había sido la religión de varias naciones «prepotentes» e «imperiales». En el presente, porque la nueva civilización técnica estaba más abierta a lo religioso que la científica propia de los siglos XVIII y XIX; porque el sentido de los nuevos tiempos sería católico, en el sentido de universal; y porque, en fin, poseedora de una gran «capacidad de convivencia» y de una «organización preciosa»,

no habría nada en la Iglesia católica que la hiciera necesariamente incompatible con las nuevas tendencias (47).

Era, en última instancia, un modo de «hacer las cuentas» que ningún fascismo podía obviar con la religión en general y con la católica en particular. Primero, porque, se quisiera o no, la crítica de la modernidad —ilustrada, científica, positivista y liberal—, por muy *vanguardista* que fuera, abría puntos de encuentro con otra crítica a la modernidad, la del catolicismo reaccionario. Segundo, porque en algunos países, y en España más que en ningún otro, su vértice histórico, imperial, había coincidido con el ecumenismo católico. Y, tercero, porque siendo una religión política el mismo fascismo, esa nueva *religión* tenía muchos motivos de inspiración —como bien supo ver G. L. Mosse (48)— en la Iglesia católica: en su organización, en sus símbolos, en sus rituales. Algo de esto, y nada de nacionalcatolicismo, había en el escrito de Ledesma si se tiene en cuenta esa alusión suya a la «preciosa organización», se retiene que negaba allí mismo toda virtualidad a una filosofía católica, y se considera que el objetivo fundamental del texto era poner de relieve el carácter revolucionario de la incorporación de las masas a la lucha política, como pondrían de manifiesto los ejemplos de Italia y Rusia, «los dos únicos pueblos que hoy *viven* una auténtica política y un auténtico destino».

En cierto modo, el ultranacionalismo imperial de Ledesma, tal y como se manifestó en sus sucesivas empresas políticas, no constituyó sino un desarrollo de estos supuestos iniciales. Así, en el Manifiesto Político de *La Conquista del Estado* de febrero de 1931 se plantearía la idea de una España que habría vivido los últimos siglos en «perpetua fuga de sí misma», desleal a sus propios valores y desconectada de sus «destinos universales»; la reivindicación de una cultura española con «afanes imperiales»; la idea del sentido social y nacional como algo propio del pueblo español, «ecuménico, católico»; así como, en fin, la de su misión imperial: «¡El mundo necesita de nosotros, y nosotros debemos estar en nuestro puesto!» (49). En la misma portada de la revista *La Conquista del Estado* aparecería la afirmación: «Frente a los liberales somos actuales. Frente a los intelectuales somos imperiales ¡Arriba los valores hispanos!». Supuesto imperial que se mantendría en la nueva etapa, la de las JONS, con el lema central de las mismas: «No parar hasta conquistar». Y también, por supuesto, en la etapa de FE de las JONS (50). Todo esto viene a poner de manifiesto claramente que el ultranacionalismo de Ledesma se movía en unos planos absolutamente genuinos en su sentido fascista: revolución, totalitarismo e Imperio no eran sino aspectos de una misma ideología total e indivisible. El Imperio en particular se presentaba como un objetivo en sí mismo y no como un expediente defensivo dictado por preocupaciones de política interior.

#### Notas:

(43) Véase el «Estudio preliminar» de Santiago Montero Díaz a Ramiro LEDESMA (1983); volumen en el que se recoge (pp. 15-34) su artículo de 1930, «Notas sobre Heidegger ¿Qué es metafísica?»; Gonzalo SOBEJANO (1967), pp. 654-655. Lo de la devoción por Unamuno en, Emiliano AGUADO (1942), pp. 69-71. Véase también Ismael SAZ (1986) y Enrique SELVA (1999), pp. 127 y ss.

(44) R. LEDESMA, «Actualidad, Filosofía, Ciencia», *La Gaceta Literaria*, 1 de enero de 1929. Cit., en Enrique SELVA (1999), p. 158.

(45) Citado en *íd.*, pp. 139-140.

(46) Contestación a la encuesta sobre «la vanguardia», *La Gaceta Literaria*, 1 de julio de 1930.

(47) «El concepto católico de la vida», *La Gaceta Literaria*, 15 de septiembre de 1930.

(48) George MOSSE (1975).

(49) En Ramiro LEDESMA, (1942), pp. 32-33.

(50) De esta última en concreto es una de las más claras exposiciones de Ledesma acerca de la relación entre presente y pasado, entre Imperio, tradición y revolución: «La tradición española es totalitaria, aunque no pongamos demasiado empeño en demostrarlo; en primer lugar, porque las tareas políticas de carácter revolucionario responden sólo a reacciones de la

época misma en que se producen, y en segundo, porque, como ya creo haber escrito otras veces, la verdadera tradición no tiene necesidad de ser buscada. Está vigente en nosotros y basta que nos sintamos ligados a ella de un modo profundo.

Había totalitarismo y unidad del Estado que agotaba de modo magnífico la expresión nacional en los momentos imperiales del siglo XVI. El Imperio representó para la España anterior al César Carlos una verdadera y profunda revolución, canalizada y preparada, es cierto, por los Reyes Católicos, que habían hecho de España una Nación, la primera Nación de la Historia moderna. Pues bien, lo falsamente que ha sido hasta aquí recogida la tradición española hace que no grave sobre el pueblo con suficiente vigor esa característica imperial y totalitaria. Pues el único partido o grupo oficialmente llamado tradicionalista ha estado siempre fuera de ese aspecto imperial de España, es de origen francés y decimonónico, y hasta diría que le informa tal ranciedad en sus bases teóricas que hay que agradecer y alegrarse de que viva desplazado de la victoria». «Examen de nuestra ruta», *JONS*, 10 de mayo de 1934. Puede verse en Ramiro LEDESMA (1985), pp. 201-206.

[Texto incluido en el Capítulo 3. El primer nacionalismo fascista, del libro *España contra España. Los nacionalismo franquistas*. Marcial Pons, Madrid, 2003, 441 p.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO  
>DOCUMENTO N. 72